

# MI NOMBRE ES SENA

MARTA DEL RIEGO ANTA



HarperCollins  
*Narrativa*

## FEBRERO DE 2000

### NOROESTE DE ALEMANIA

—Escucha con atención: mantén el dedo fuera del gatillo hasta que estés dispuesta a disparar. Empujamos la corredera hacia atrás y ya tenemos tiro en la recámara —dice el hombre.

—¿Empujamos? ¿Qué pasa?, ¿estás adiestrando a un ejército entero?

El hombre se inclina sobre la mujer.

—Empujas —susurra—, aprietas el gatillo teniendo cuidado con el retroceso. Y después de disparar: uno, corredera atrás; dos, martillo.

Ella toma aire. Hay nieve, cada vez más nieve. Los copos se depositan sobre la tierra en una sábana asfixiante. Y hace frío, un frío denso, casi palpable. La mujer se ha puesto un plumífero y se ha hecho una trenza que le cae sobre el pecho como una soga deshilachada. Su rostro ovalado está muy pálido. No se ha pintado los ojos ni los labios, hace siglos que no se pinta, hace siglos que no se peina. Hace siglos que no se pone su vestido púrpura.

—Vístete de púrpura para mí —había dicho él.

Y ella lo había hecho. ¡Púrpura! Un color intenso como una premonición. Se había comprado aquel vestido de raso para él, sin ser consciente de ello lo había hecho por él.

Eso había sido entonces.

Ahora, cuando se viste, su única intención es abrigarse bien. Abrigarse por dentro y por fuera. Parapetarse dentro de su abrigo. Porque se hallan inmersos en el periodo de entrenamiento, del campamento de la KGB o de las milicias israelíes o de lo que diablos sea eso que están haciendo.

Ahora los movimientos de él se han desnudado de esa ternura animal que ella anhela. Son bruscos, impacientes. Aunque sigue teniendo esa mirada: una mirada que suelta las riendas.

—Vístete de púrpura para mí —dijo él.

Y ella lo siguió. Siguió su olor de varón y lo dejó todo.

Como hembra que era siguió su olor de varón. Se trataba de eso, ¿no?

Algo animal.

Algo que le hizo abandonar una vida blanda y suave.

Eso había sido entonces. Ahora ni su vida es blanda y suave ni ella, dócil. Aunque no se arrepiente. Es solo que... Solo que las cosas se le están yendo de las manos. Ni siquiera sabe si el dichoso vestido púrpura se halla en su maleta o se lo habrá olvidado en algún hotel. Así que esa mañana simplemente se ha puesto toda la ropa de abrigo que tiene a mano. Guantes, gorro, bufanda y una gruesa capa de desconcierto. Él no la ha besado al despertarse. No había tiempo.

Vístete de púrpura, ja, ¡qué lejos queda aquella época!

—Cuidado con el retroceso. Sujétala —le ordena el hombre colocando la pistola entre sus manos pequeñas y ateridas—, tienes que sentir cierta presión en la palma. Siéntela, siéntela.

Se encuentran en el bosque de robles detrás de la granja. Practicando. «Aprenda a disparar, reglas para el manejo de una pistola». Van por la primera lección y no parece que vayan a avanzar más. Porque solo hay una cosa que la mujer tiene clara: mantén el dedo fuera del gatillo hasta que estés dispuesta a disparar.

Y da la casualidad de que ella no está dispuesta a disparar, ni ahora ni nunca.

—*Scheisse, Scheisse, Scheisse.*

Ella le lanza la pistola a los pies. Esa cosa negra, un enorme insecto metálico sobre la nieve. Ninguno de los dos se mueve. Y esa cosa sigue brillando allí, imponiéndoles la solidez de su forma. Una pistola o un revólver, qué más da, piensa la mujer, un arma a fin de cuentas y a los pies del hombre que se supone que la ama. ¿Cómo ha ido a parar esa cosa allí?, ¿cómo ha ido a parar ella allí, a esa vida que no es la suya?

Él se agacha con un movimiento felino, limpia la pistola de nieve, se la introduce rápidamente entre la cintura y el pantalón y deja caer los brazos. Maniobras resueltas y precisas, bien entrenadas, se dice ella con un temblor. Y luego el hombre alarga la mano y la atrae hacia sí asiéndola de la trenza. Ella nota el tirón dolorosamente, su fuerza contenida.

—Tan amable y tan feroz. No te han domesticado —murmura ella.

—Esto es importante porque tú eres importante para mí. Debes prestar atención.

—Pero no lo ves, ¡es de locos!

—No es de locos, es de sentido común. Hay que estar preparados.

I

PRIMAVERA DE 1999, BERLÍN

Cayeron en picado, luego un viraje brusco, y después, ¡bocabajo, iban bocabajo! Por Dios, ¿cuánto iba a durar ese suplicio?

Sena se sujetó con fuerza al respaldo y cuando la avioneta se enderezó supo que iba a vomitar. Buscó, frenética, una bolsa de papel. En ese momento Franz se volvió ligeramente desde el asiento del piloto y elevó el dedo pulgar. Sena esbozó una sonrisa con gran esfuerzo, debía contenerse, si no él se preocuparía y lo tendría todo el día encima preguntándole si se encontraba bien, si esto o lo otro. Inspiró profundamente y tragó saliva. El mundo subía y bajaba al mismo ritmo que su esófago. Trató de calmarse y contó hasta cien en alemán, luego empezó a decir las centenas en voz baja, poniendo cuidado en pronunciar bien, cerrando la boca, cerrando la garganta.

*Ein Hundert, zwei Hundert, drei Hundert...*

De repente percibió que el estrépito de los motores se había calmado, ahora sonaba como un runrún tranquilizador. Se atrevió a inclinarse hacia la ventanilla. No volaban a mucha altitud y entre las nubes se dibujaba una llanura de contornos verdes, densas masas de árboles, lagos, y una ristra de pueblos y ciudades que se sucedían sin interrupción. Qué distinto del paisaje que veía cuando aterrizaba en Barajas, seco y abrupto y desnudo, casi se podía escuchar el rugido del sol sobre las lomas peladas.

—¡Ahí está el río Wesser! —gritó Franz para hacerse oír—. Volamos a... pies... y... —El final se perdió en el fragor.

Thomas, sentado junto a la otra ventanilla, le tocó el brazo. Exhibía una sonrisa divertida en su bronceado rostro.

—A dos mil pies y a quinientos treinta kilómetros por hora —repitió.

Ella sacudió la barbilla. Le habían entrado ganas de reír, de pronto se sentía eufórica, estaba volando, volando en una avioneta por encima del paisaje verde y frondoso de Alemania y rodeada de alemanes: sentada detrás de la cabeza color ceniza de Franz y de la otra, más oscura, de su instructor, y junto al rubio deslumbrante de Thomas. Se encontraban allí por ella. Todo se había organizado en su honor. Qué más podía pedir.

«Me llevan hacia algún lugar», pensó, «pero yo no he escogido el rumbo».

*Nunca escojo el rumbo.*

—*Mein Schatz* —dijo Franz abrazándola inmediatamente después de tomar tierra. Notó sus huesos rodeándola, una jaula de huesos, largos y fuertes— ha disfrutado como una campeona.

El instructor de vuelo se rascó sus largas patillas y la examinó con una mirada escéptica, ¿disfrutado? Se llamaba Jürgen, andaría por los cincuenta, y se mantenía frente a ella erguido en posición de firmes.

—*Klar* —murmuró Sena frotándose las mejillas con mano temblorosa.

Debía de estar tan pálida. Y eso que se había maquillado por la mañana. Quería causar buena impresión a Jürgen. Franz siempre hablaba de él con admiración. Le había dado clase cuando estaba sacándose el título de piloto de aeronave, que tanto esfuerzo le había costado. Ahora Franz cumplía cuatro mil horas volando con la compañía aérea y le quedaban solo mil para convertirse en comandante. *Kapitän!*, se le achinaban los ojos cuando pronunciaba esa palabra.

Toda su vida había soñado con ello. Las cuatro bandas doradas del uniforme. Y estaba a punto de conseguirlo. Tenía que celebrarlo y hacerlo con su *Schatz*, con su tesoro, así que con ayuda del instructor le había organizado a Sena ese paseo en avioneta como regalo para su veintinueve cumpleaños. Se había arriesgado con las acrobacias, no estaba permitido hacerlas así como así. Pero entre colegas, entre compañeros, nadie se iría de la lengua. Era emocionante saltarse las reglas alguna vez, y además, volando. *Toll! Geil!*

—¡Bautismo de fuego! —exclamó Thomas mientras avanzaban por la pista. Una ráfaga de viento frío les hizo acelerar el paso hacia uno de los edificios del aeropuerto de Schönefeld—. Un regalo un poco sádico para tu chica, ¿eh? —le dijo a Franz dándole un puñetazo juguetón en el hombro. Todos rieron.

Thomas era el mejor amigo de Franz en la compañía. Venía de una familia aristocrática y medio arruinada de la zona del Rin y había algo en él que lo hacía muy distinto de los demás pilotos. No solo era su estatura, una cabeza más baja que la media y que casi le había impedido superar los estándares físicos de la línea aérea, también su cabello rubio oscuro peinado con flequillo de una forma pasada de moda y su bigotito fino sobre el labio superior.

—Ese *loop* a quinientos treinta kilómetros por hora —añadió Franz.

Se escuchó el motor de un avión y los tres hombres se volvieron instintivamente. Un Airbus rodaba por la pista principal, el sol se reflejó un segundo sobre las alas y luego desapareció detrás de una masa de nubes ominosas.

—Y no ha vomitado. ¡Joder, Franz, deberías estar orgulloso! —gritó Thomas y clavó en Sena sus expresivos ojos—. ¿Todo en orden?

Ella parpadeaba sin cesar y sonreía, lo que debía de darle un aspecto de tonta de remate, se dijo. Se apresuró a responder:

—Gracias por el vuelo. Ha sido... —rebuscó en su vocabulario alemán una palabra especial— muy valiente.

Advirtió cierto destello en el rostro de Franz. Valiente era un

buen adjetivo, bien escogido. Se alegró de hacerlo feliz por un momento.

—¡Valiente! —exclamó Thomas y extendió los brazos como si estuviera declamando—. «El éxito depende de la valentía», escribió Theodor Fontane. A partir de ahora nuestros vuelos serán valientes y haremos rutas transatlánticas valientes.

El Airbus se elevó en el aire y pasó por encima de ellos. Como un pensamiento fugaz, pensó Sena, volar era eso: seguir hacia adelante y no retener nada en la memoria.

—¿Theodor Fontane? —repitió Franz automáticamente y se volvió hacia el instructor—: Cómo ronroneaba el motor, ha sido un placer, Jürgen.

El instructor agachó la cabeza con solemnidad:

—Es la voz de la Piper. La PA-42 Cheyenne canta.

—Theodor Fontane —repitió ella en voz baja—. Esa novela que escribió en el XIX, *Effi Briest*, una heroína funesta. Lo que me costó terminarla.

Thomas se pasó la mano por el flequillo para retirárselo de los ojos.

—Si lo dices con mirada trágica...

Le sonrió y su bigote rubio se movió hacia arriba. Sena no podía evitar que le gustara esa sonrisa. A pesar de que lo consideraba un seductor profesional. Era difícil quedar con él porque siempre estaba en proceso de profundizar en una posible novia o amante, o en proceso de exaltación hacia ella o en el de terminar con ella. Y aunque ninguna de esas tres etapas se producía dramáticamente, todo el asunto requería demasiada energía espiritual como para poder centrarse en otras cosas. Al menos eso creía Sena, a quien le encantaba tenerlo revoloteando a su alrededor con su ligereza y sus comentarios irónicos.